

ZONA

LIBRE

El sueño del cóndor

Luis Antonio Rincón García



ZONA
LIBRE

El sueño del cóndor

Luis Antonio Rincón García

D.R. © 2020, Luis Antonio Rincón García
D.R. © 2020, Norma Ediciones, S.A. de C.V.

D.R. © 2020, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,
Benito Juárez, México, Ciudad de México,
C. P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición: agosto 2020

Coordinación Editorial: Lizbeth Alvarado
Corrección de estilo: Laura Lecuona
Coordinación de diseño: Gustavo Rivas
Diagramación: Pedro Esparza Mora
Fotografía de cubierta: gettyimages.com

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61092866
ISBN: 978-607-13-1012-5

El sueño del cóndor

Luis Antonio Rincón García

Ayún se dejó caer en el banco de madera, acomodó las muletas sobre sus piernas estiradas y apoyó el codo derecho en la mesa. Frente a él estaba Néstor, listo para tomar la mano de su contrincante y demostrar que él seguía siendo el campeón de vencidas en la Cumbre de Almazor.

Había a su alrededor más de una docena de adolescentes animando con frases cortas a Ayún, que quería festejar sus catorce años así, ganándole al fortachón del pueblo, dos años mayor que todos los demás y orgulloso de su fuerza muscular, que le había valido hasta la admiración de los adultos.

Un chico delgado y de ojos oscuros tomó las manos de los contrincantes entre las suyas y las apretó con firmeza:

—A la cuenta de tres —les advirtió viendo a uno y a otro.

Ayún sintió una mano cálida sobre el hombro y sonrió. No necesitó voltear para saber que se trataba de Aruma, la joven con quien creció jugando entre los senderos que llevaban a distintas puntas de la Patagonia andina. Con ella tenía planeada para el siguiente año la aventura más grande de todas: el viaje a Cíbola, la ciudad a la que debían trasladarse todos los jóvenes de Almazor que pretendieran seguir estudiando después de la secundaria.

—Ya apúrate, ¡no la hagas de emoción! —urgió Néstor al chico delgado y de ojos oscuros, quien a pesar de sus esfuerzos no lograba contener las manos de los competidores en una posición equilibrada, por la energía y tensión que ambos estaban aplicando desde antes de que se diera la orden de comenzar.

Aunque ya pasaban de las ocho de la mañana y afuera el sol resplandecía quemante, el duelo se llevaba a cabo entre penumbras, iluminados apenas por las flamas de unos quinqués. Estaban en el almacén general del pueblo, rodeados de costales de alimentos, medicinas, aperos agrícolas, ropa y utensilios para resolver la vida diaria de un lugar alejado de la civilización.

—Tú puedes ganarle —le susurró Aruma a Ayún. En su voz había firmeza y la confianza de que él lograría la hazaña.

Casi en el mismo instante en que el chico delgado y de ojos negros soltó las manos de los contrincantes y gritó “¡Tres!”, Néstor, con un arranque violento, se aferró al borde de la mesa con la mano izquierda y empujó el cuerpo hacia el frente para ganar la batalla desde el primer impulso, aprovechando su mayor peso.

Ayún ya esperaba ese inicio y tenía el cuerpo rígido, pegado al brazo derecho, para darle soporte y contener el empuje de su contrincante. Con paciencia, y el rostro arrugado por el esfuerzo esperó, sin dejar de aplicar fuerza, a que Néstor tomara aire, para contraatacar y entonces ser él quien empujara con el cuerpo contraído.

Despacio, muy despacio, la mano de Ayún se fue imponiendo sobre la de su competidor. Al chico de las muletas lo animaban a gritos sus compañeros de escuela y al otro le advertían que esa vez iba a perder.

Ayún se sintió cansado, el brazo le dolía y sentía un escozor penetrante en la muñeca. Sin embargo, en el gesto de Néstor descubrió motivos para seguir presionando con el alma: se estaba cansando, y el dolor en el brazo era tan fuerte que tuvo que soltar la mesa para apretarse el bíceps.

Suyai, una niña de diez años, con gorro de lana y un vestido largo encima de los pantalones, entró corriendo al almacén. Se quedó paralizada frente al duelo de pulseadas y la bulliciosa emoción de los demás. Esperó

el desenlace, que no llegaba porque Néstor seguía soportando el ataque de Ayún. De pronto la niña pareció recordar por qué estaba ahí; formó un altavoz con las manos y su grito se impuso sobre los demás:

—¡Ya se va la legión de estudiantes!

Los primeros en levantarse para salir corriendo fueron quienes más cerca estaban de la mesa. Como imantados, los demás fueron tras ellos, repitiendo incesantes, “La legión”, “La legión”, “Ya se van”, “La legión”, y en el viejo almacén de madera solo quedaron los dos contrincantes y Aruma.

El público de adolescentes no pudo presenciar cómo, por primera vez en su vida, Ayún estuvo a un par de milímetros de vencer a Néstor, quien al presentir la cercanía de la mesa se sacudió el agarre y se levantó de un salto.

—¡Eso es trampa! —le gritó Ayún, airado.

—Lo siento, será para la otra —le respondió Néstor, mientras se sobaba el antebrazo y sacudía la muñeca.

—Eres un tramposo —le dijo Aruma.

—¡Estaba a punto de ganarte! —le reclamó Ayún.

—¡Pero no lo hiciste! —se burló Néstor, y con pasos rápidos fue a la salida—. Además mis primos se van con la legión, ¡voy a despedirlos!

—¡No lo puedo creer! —se quejó Ayún, apoyando las muletas en el suelo para incorporarse—. Lo peor es que ahora van a pasar semanas hasta que vuelva a echarse

otras vencidas conmigo. Y como ya sabe que le puedo ganar, será difícil que acepte... y se va a poner a hacer más ejercicio y va a imaginar más trampas. De verdad, ¡no puedo creer que me haya soltado!

—Vamos, apúrate —le urgió Aruma—. Acuérdate de que también se va mi hermano... no me perdonaré si no le doy un abrazo a Tayel antes de que se salgan, y si no estoy ahí, mis papás...

—Perdón... perdón —se disculpó Ayún y apuró el paso impulsándose con las muletas—. Adelántate si quieres. Te alcanzo rápido.

—Te espero, pero ya deja de quejarte y avancemos. Te aseguro de que convenceré a Néstor de que vuelva a competir contigo... pero ahora apúrate.

Ayún no dijo más y siguió a su amiga.

Afuera les acarició el rostro un suave viento frío, como muchos que recorrían la zona aun en verano.

Todos los habitantes de Almazor se habían reunido en la única salida del pueblo que llevaba a la ciudad y al resto del mundo. Hasta los más ancianos, que necesitaban de apoyo para caminar, y un par de enfermos, que fueron llevados en sillas de mimbre, llegaron a despedir a la mítica legión de estudiantes.

Se trataba de cincuenta alumnos preparatorianos y universitarios que iniciaban una peregrinación de tres días para llegar a la ciudad. Iban cargados más de nostalgias y buenos deseos que de cosas, pues había poco espacio en las mochilas pequeñas y estrechas que se ponían a la espalda para el descenso de la zona montañosa.

Su partida era tan importante para la gente del pueblo que los preparativos generales comenzaban desde al menos una semana antes, cuando en una asamblea

pública y en medio de aplausos se apuntaban en un pizarrón los nombres de quienes pertenecerían a la legión de ese año.

A veces, en esos siete días de espera alguien llegaba en la oscuridad nocturna a borrar su nombre: un arrepentido al que en el último momento se le esfumó el valor o uno que perdió el permiso familiar por una fechoría recién descubierta.

Cualquiera que fuera la circunstancia, borrar un nombre implicaba una gran vergüenza para el estudiante y su familia, y a nadie se le ocurría la broma de borrar nombres ajenos. Se daba por sentado que las repercusiones serían terribles, aunque nadie pudiera precisar cuál sería el castigo.

Tampoco se aceptaba el ingreso de quien no se hubiera anotado durante la asamblea pública. Era una norma contra la indecisión que, de ser rota, consideraban todos, mancillaría el aura de respeto que cubría a la legión de estudiantes.

Para salir de Almazor, los estudiantes recorrerían varios kilómetros cuesta abajo, lo que no implicaba grandes dificultades para quienes habían crecido recorriendo las montañas andinas, acostumbrados a los caminos empinados, a las condiciones climáticas extremas e incluso a la falta de oxígeno en el aire.

El problema comenzaba después, cuando debían cruzar hacia otra montaña, más rocosa y menos amable.

Desde ahí debían descender de los altos muros apenas sosteniéndose con los dedos insertos en las grietas de las rocas y apoyando los pies en las aristas de la pared. Se trataba de una batalla en la que entraba en juego la resistencia más que el miedo: casi todos los jóvenes podían voltear a ver el vacío sin sentir vértigo.

Lo más preocupante para ellos eran los dedos cansados, por el riesgo de que dejaran de hacer su trabajo de sostén y agarre.

En un par de ocasiones tenían que cruzar precipicios haciendo equilibrio sobre tablones engarzados, tan angostos que apenas si cabían los pies. Antes de dar el primer paso, al más delgado del grupo lo amarraban por la cintura con lazos que los demás sostenían. Después caminaba sobre ese puente improvisado, calando la consistencia de los tablones con su peso. Si consideraba que alguna sección podía estar podrida, arremetía a golpes contra ese punto para provocar el colapso bajo esas condiciones parcialmente controladas.

Al menos cada diez años debía cambiarse algún tablón, lo que atrasaba el descenso. Era fundamental terminar el cruce de precipicios antes de que oscureciera. El resto del camino en la primera jornada era bastante cómodo.

Al atardecer descansaban en un refugio construido especialmente para ellos. Esa noche aprovechaban el tiempo y la estancia para encontrar desperfectos en

las paredes, limpiar el lugar, recoger basura y darle mantenimiento al techo, de tal forma que siguiera en buenas condiciones.

Comenzaban el día siguiente deslizándose por zonas de grava y arena, que representaba un enorme trabajo de piernas para no terminar rodando cuesta abajo. Un accidente de ese tipo, si bien no era mortal, seguro los dejaría golpeados y con heridas abiertas provocadas por los filos de las rocas. Además era una caída que se antojaba imparable: quienes la sufrían no podían detenerse y tenían la sensación de que llegarían rodando hasta la base del cerro.

El cansancio que provocaba ese descenso con los pies sumidos en la grava tenía la cualidad de hacerlos olvidarse por un rato del último gran obstáculo: un río de aguas heladas y veloces capaz de amedrentar los corazones de esos jóvenes montañeses poco acostumbrados a las aventuras acuáticas.

Para cruzarlo tenían que ubicar un camino especial, poco profundo y sin señalamientos, que los más jóvenes debían memorizar para cuando crecieran y se convirtieran en guías del grupo. Luego se ponían overoles fabricados en casa con plástico grueso de colores chillantes, colocaban las mochilas sobre la cabeza y formaban una cadena humana que les brindaba una falsa seguridad: en no pocas ocasiones la cadena humana era rota por la fuerza del agua y por

sorpresivos remolinos bajo la superficie de apariencia calma. De pronto algún estudiante sentía que lo jalaban de los tobillos y, antes de que comprendiera lo que le ocurría, ya estaba manoteando en alguna parte profunda luchando por sobrevivir, porque ninguno de ellos sabía nadar.

Ante esas situaciones, quienes seguían en tierra firme corrían corriente abajo para lanzarles cuerdas a los que el río arrastraba y así sacarlos del agua, mientras otros, armados con largas varas, iban detrás de las mochilas para también rescatarlas.

A pesar de que muchos de esos accidentes estuvieron a punto de terminar en tragedia, gracias a la pericia alcanzada con el uso de las cuerdas y a una tenacidad a prueba de adversidades nunca nadie había muerto durante el viaje. Eso llenaba de orgullo a los miembros históricos de la legión.

La segunda noche descansaban a campo abierto a orillas del río. Armaban una fogata, contaban sus planes y acordaban fechas y lugares para encontrarse durante el año. En el último encuentro pactado, el más importante de todos, se pondrían de acuerdo para definir la fecha de regreso al pueblo. No podía perderse esa cita quien quisiera volver a casa con la legión.

Con bastante frecuencia alguno de los estudiantes se seguía de largo, atravesaba la ciudad, llegaba a otros pueblos o a otros países y ya no regresaba. Por eso era

probable que esa noche fuera la última vez que estuvieran juntos esos cincuenta muchachos que habían crecido juntos en la Cumbre de Almazor.

Para ese momento ya nada más les faltaba caminar una treintena de kilómetros y hacer un viaje de cuatro horas en autobús hasta llegar a una ciudad, enorme ante sus ojos, para entonces desperdigarse en distintas direcciones hacia las casas y edificios donde habrían de hospedarse durante el año escolar.

Pocos regresaban a vivir a la Cumbre de Almazor tras terminar sus estudios. En casa nadie les reclamaba esa decisión, pues era lo que se esperaba de ellos: que crecieran en sus profesiones en tierras lejanas. Eso sí, bajo la condición de que nunca olvidaran su lugar de origen y siempre hablaran con orgullo de la tierra que los acunó.

Cuando la legión de estudiantes partía era día de fiesta en el pueblo. Los despedían con música y les regalaban bocadillos de miel que les ayudarían a soportar con temple la primera jornada. Había abrazos y lágrimas por la añoranza que se viviría y rezos en lenguas antiguas que invocaban las energías del cielo para que cuidaran a los estudiantes y les dieran un buen destino.

De pronto, sin ponerse de acuerdo y obedeciendo a su instinto, los estudiantes comenzaban la caminata en fila india. Entonces recibían una lluvia de papeletos de colores y avanzaban acompañados por los gritos de aliento de sus familiares, vecinos y amigos, y por

melodías improvisadas de músicos aficionados. Entre tanta algarabía se animaban unos a otros para hacerse sentir guerreros invencibles.

No todos los jóvenes emprendían esa caminata. Algunos preferían quedarse para siempre en Almazor, temerosos de no poder pasar la prueba que implicaba ir a tierras lejanas a estudiar una carrera profesional o por sentirse con el deber moral de quedarse a cuidar a sus padres y abuelos. Había también quienes simplemente no querían seguir estudiando y preferían quedarse a cuidar ovejas y cabras y a producir textiles como sus antepasados, convencidos de que el mejor lugar del mundo era ese donde habían nacido.

Ayún y Aruma fueron los últimos en llegar a despedir a la legión. Lo hicieron con tiempo más que suficiente para que Aruma abrazara y besara a su hermano y para que Ayún repartiera palmadas y buenos deseos entre sus ex compañeros de escuela, un año mayores que él.

Al siguiente año le tocaría a su generación sumarse a ese viaje, aunque para formar parte de ese grupo había dificultades que debían superar. Néstor no tuvo ningún empacho en señalárselas:

—Nosotros tres siempre estaremos aquí. Yo porque así lo elegí, tú —dijo refiriéndose a Ayún— porque con tus piernas tullidas no llegarías a la mitad del camino y tú —añadió señalando a Aruma— porque eres mujer.

Se escuchó un rugido en el aire y el pueblo lo festejó con gritos. Era el Cerro Tronador, que transmitía el eco de los glaciares al fracturarse. El hecho de que retumbara justo mientras partía el grupo de estudiantes fue tomado como buen augurio.

Aruma fue la única que no sonrió con la buena señal. Le dolieron las palabras de Néstor y, al menos en ese momento, no se le ocurrió cómo contradecirlo: pocas mujeres habían pertenecido a la legión. Por lo general, a ellas les negaban el permiso: muchos padres temían que sus hijas no aguantaran físicamente el descenso, otros decían que nomás hacían el viaje para ir a buscar con quién casarse y no faltaba quién viera en esas ganas de crecer una insubordinación que debía ser frenada.

Aunque el padre de Aruma no había expresado su punto de vista sobre las mujeres que alguna vez salieron de Almazor, tenía fama de ser un hombre estricto y conservador, arraigado a las costumbres y tradiciones que aprendió de su familia. Así que ella, en especial, veía pocas posibilidades de dejar el pueblo.

Entre el tumulto, Ayún señaló a Néstor para decirle:

—No estés tan convencido de lo que dices. Tú nos verás partir y tus ojos quedarán llenos de admiración durante muchos días.

—O mi boca estará llena de carcajadas mientras te abrazo y juntos les decimos adiós a tus amiguitos —respondió Néstor y les dio la espalda.

Ayún pretendió responderle, pero Aruma lo contuvo:

—No gastes saliva —le dijo—. Además, aunque me enoje, quizá tenga razón.

—Por supuesto que no —se quejó Ayún—. Nosotros queremos partir y lo vamos a hacer. Y vamos a volver diez veces más y nos iremos otras tantas, hasta que un día regresemos para quedarnos. Así lo hemos platicado... ¿no es cierto?

—Sí, es verdad —le contestó Aruma con una mueca triste—. Lo hemos platicado muchas veces: cuando pasan las estrellas de agosto y cuando truena el cerro, cuando llueve y cuando nieva y cuando vemos luces montaña abajo y cuando trepas al Faro del Tiempo. Pero conforme se acerca la fecha de irnos comienzo a entender que no me dejarán, que tal vez tú no podrás bajar por las montañas y cruzar el río, ¡que en una de esas nuestro destino es nunca salir de aquí!

Los dos amigos caminaron en silencio hasta llegar a casa de Aruma. Adentro se escuchaba un llanto apagado; era Inara, la madre de la joven, que lloraba, creía ella que en secreto, por la partida de su hijo mayor.

—Tal vez nuestro destino sea quedarnos aquí —insistió Aruma tomando de la mano a Ayún—, y no tiene por qué ser malo. Sobre todo si estamos juntos.

Él le apretó los dedos y antes de irse le dijo:

—Te prometo que la primera vez que veas la ciudad estaré a tu lado, y tú sabes que siempre cumplo lo que prometo.

—Que así sea —susurró Aruma.

Le dio un suave beso y entró a su casa.